

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XVI



C. S. I. C.
1979
MADRID

ANALES DEL INSTITUTO
DE
ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo XVI



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1979

S U M A R I O

	<u>Páginas</u>
EL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS	
Actividades del Instituto de Estudios Madrileños durante el año 1978, por <i>Francisco Arquero Soria</i>	9
ESTUDIOS	
Las cacerías en la provincia de Madrid en el siglo <i>xv</i> según el «Libro de la Montería de Alfonso <i>XI</i> », por <i>Gregorio de Andrés</i>	17
La figura del «Regidor» en los Concejos madrileños de los siglos <i>xiv</i> y <i>xv</i> , por <i>Antonio Aparisi</i>	45
Nueva obra documentada de Antón y Enrique Egas: la Iglesia Magistral de Alcalá de Henares, por <i>Aurea de la Morena Bartolomé</i>	65
Documentos relativos a la construcción de la Iglesia Magistral de San Justo y Pastor de Alcalá de Henares, por <i>M. Angel Castillo Oreja</i>	69
Presencia del arquitecto Fray Alberto de la Madre de Dios en Madrid y en Guadalajara, por <i>Virginia Tovar Martín</i>	85
Diario madrileño de 1636 (24 de mayo a 27 de diciembre), por <i>José Fradejas Lebrero</i>	97
La iglesia parroquial de Pinto y su púlpito: Datos documentales sobre los artistas de su construcción y ornato en el siglo <i>xvi</i> , por <i>Margarita Estella</i>	163
Asociaciones piadosas en el convento del Carmen de Madrid, por <i>Balbino Velasco, O. Carm.</i>	203
Conventos del siglo <i>xvii</i> del antiguo barrio del Barquillo. Noticias históricas e inventario artístico, por <i>Fernando de Olaguer-Feliú y Alonso</i>	221
Notas sobre la inmigración: Madrid, 1670. De Galicia a la parroquia de San Martín, por <i>Jesús Bravo Lozano</i>	239
Notas geográfico-históricas de los pueblos de la actual provincia de Madrid en el siglo <i>xviii</i> , por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i>	271
Regidores de Madrid: 1700-1750, por <i>M.ª Encarnación Lozano Hernando</i>	281
Recurso de los maestros de Primeras Letras de Madrid, quejándose de que los Padres Escolapios extendían la enseñanza fuera de los límites de su Instituto. 1767, por <i>Carmen Sánchez Giménez</i>	317

	<u>Páginas</u>
Los jardines del Buen Retiro en el siglo XIX, por <i>M.^a del Carmen Ariza Muñoz</i> ...	327
La administración de una casa madrileña (1820-1853), por <i>Julio Escribano Hernández</i> .	379
Cálices limosneros de los reyes españoles (siglo XIX), por <i>José Manuel Cruz Valdovinos</i> ...	393
La barricada madrileña de la calle del Príncipe y Juan Belza, por <i>Enrique Pardo Canalís</i> ...	409
El mundo creado por Galdós, por <i>Federico Carlos Sainz de Robles</i> ...	417
Acercamiento al lenguaje de López Silva, por <i>José Manuel González Calvo</i> ...	485
Antecedentes de la medalla de la Villa de Madrid, por <i>Manuel Espadas Burgos</i> ...	495
Aproximación a la Geografía electoral de Madrid, por <i>Aurora García Ballesteros</i> ...	503

SEMBLANZAS DE MADRILEÑISTAS ILUSTRES

Un madrileño ilustre: Andrés Manuel del Río y Fernández (1764-1849), por <i>Juan Manuel López de Azcona</i> ...	545
Tres madrileñistas: Luis Araújo Costa, José Francés y Augusto Martínez Olmedilla, por <i>Mariano Sánchez de Palacios</i> ...	557

BIBLIOGRAFIA

Impresos complutenses de la Edad de Oro en la Universidad de Illinois, por <i>Alberto Porqueras Mayo</i> y <i>Joseph L. Laurenti</i> ...	569
Bibliografía de estudios sobre Madrid en el siglo XVIII, por <i>Francisco Aguilar Piñal</i> .	599

**TRES MADRILEÑISTAS: LUIS ARAUJO COSTA, JOSE FRANCES
Y AUGUSTO MARTINEZ OLMEDILLA**

Por MARIANO SÁNCHEZ DE PALACIOS

**LUIS ARAUJO COSTA
(1885-1956)**

Cuando Luis Araújo Costa nace en aquel Madrid de finales de siglo, se está operando en el ánimo y en la sensibilidad acomodaticia del pueblo español, en la cultura española, los primeros síntomas de aquella evolución ideológica precursora de futuros cambios y transformaciones en el proceso histórico y del pensamiento. España arrastra con cierta impasibilidad sensitiva una decadencia anímica que había de dar, lamentablemente, sus frutos. Sin embargo, aquella tolerancia de clima y de tónica ambiental había de dar por resultado, en contrapartida, la aparición de una serie de escritores que rebeldes con la situación operante, habían de orientar su pensamiento por derroteros más que revolucionarios, rectificantes. España languidecía y era en cierto modo lógica su postura coadyuvante a un mejor logro de sus pretensiones históricas y sociales. Difícil tarea, con soluciones poco viables. Bastante fue el grito de protesta y su ubicación en la historia de una generación que había de encontrar su eco en el campo fecundo de los intelectuales. Araújo Costa no pertenece en realidad a la generación del 98, pero está tan cerca de ella, que puede sentir los primeros síntomas de esta conmoción anímica que alteraría el cauce normal de las influencias imaginativas. Los del 98 se han anticipado al espíritu creativo de Araújo Costa, son todos mayores que él, en cierto modo son como sus maestros, que más que enseñarle le guiarán a lo largo de toda su vida de escritor y de crítico, clasificando sus gustos y orientándole hacia una cultura de selección en la que había ya de profundizar cuando siguiendo la lógica inclinación de sus gustos y preferen-

cias obtiene el doctorado de Derecho en la Universidad Central. Era lógico que, terminada la carrera y poco deseoso de ejercerla, su orientación profesional definitiva se enfocase hacia la literatura y el periodismo, donde había de conseguir un prestigio de extraordinaria relevancia. Su cultura le llevó con facilidad a todas las expresiones de la idea y del pensamiento: de la historia a la filosofía, del arte a lo puramente literario e imaginativo, y de esta conjunción de ideas y de pensamientos quedó testificada la selecta configuración de su cultura en todas las ramas de su controlada sabiduría. Con el periodismo empezó su andadura por los terrenos de la información, del comentario y de la crítica, asignaturas que Araújo Costa dominaba como maestro a la vez del idioma y del más puro estilo de la expresión hablada y escrita. Y así surgió su nombre y su firma en *La Epoca*, periódico del que luego habría él de escribir su denominada biografía (1946), cuando el periodismo más que una carrera era una dedicación vocacional y la ciencia de la información tan sólo un quehacer de hombres acostumbrados a lo que de aventura llevaba el periodismo. Y Araújo Costa fue redactor-colaborador, cuando *La Epoca* llevaba ya varios años de existencia —había nacido el 1.º de abril de 1869, dirigida por Ramón de Navarrete y más tarde por Ignacio José Escobar, luego marqués de Valdeiglesias, a quien sustituyó Juan Pérez de Guzmán y, por último, Ignacio Escobar, segundo marqués de Valdeiglesias, figura representativa de la sociedad madrileña del último tercio del pasado siglo y principios del actual—. Y mientras el prestigio literario de Araújo Costa era ya poco menos que del conocimiento nacional, sus colaboraciones iban en aumento prodigando su firma y aumentando su personalidad intelectual a través de *Nuestro Tiempo*, *Raza Española* y, sobre todo en los últimos años, en *A B C*, al tiempo que en las revistas francesas *Les Lettres* y *La Revue des Questions Historiques* hacían llegar su fama a los franceses interesados por el pensamiento español tan cercano a su frontera.

Fue Araújo Costa un incansable trabajador, un infatigable hombre de letras, uno de los cerebros más lúcidos de su época, de nuestra época. Su enorme cultura, su prosa admirable, le hizo ocupar importantes tribunas como conferenciante docto y ameno cuando ya había publicado *La Edad Media considerada como edad cristiana* (1910), *El escritor y la literatura* (1917), su libro *Las cartas de Pepe Albocacer* (ensayos de crítica social) (1918), *El arte, la literatura y el público* (1920); «*El Quijote*» y sus notas (1920), *Letras, damas y pinturas* (1927); *La civilización en peligro* (1928), *La Emperatriz Eugenia* (1929), *Biografía de «La Epoca»* (1946), *Biografía del barrio de Salamanca* (1948), *Historia del Ateneo de Madrid* (1950), *San Isidoro, Arzobispo de Sevilla* (1948); *El barrio de Palacio* (1952), *Hombres y cosas de la Puerta del Sol*

(1952) y *La calle Ancha de San Bernardo* (1955), con que se cierra el amplio paréntesis de su interesante bibliografía, que ha de quedar como reflejo del pensamiento de un erudito y testimonio del intelectualismo de una época precursora del actual movimiento literario. Con razón se ha estimado que Araújo Costa supo condensar la sustancia de la erudición y del humanismo en forma elegante y breve. Literato de mucha cultura, de fino juicio, de gustos muy selectos, de estilo claro y limpio lenguaje, Luis Araújo Costa se halla incurso, por derecho propio, en las páginas de la historia de la literatura española contemporánea. Se hizo merecedor, sin conseguirlo, de ingresar como miembro de número, en la Real Academia Española. No lo consideraron así los «inmortales».

Falleció en Madrid, su villa natal, el día 4 de febrero de 1956, y en la misma casa en que había nacido, en la vieja calle de la Manzana.

Miembro fundador del Instituto de Estudios Madrileños, fue Vocal de su Junta Directiva y participó en el primer ciclo de «Itinerarios de Madrid» con las conferencias-visitas al barrio de Palacio y a la calle Ancha de San Bernardo, que originaron luego las publicaciones que llevan esos títulos.

JOSE FRANCES

(1883-1964)

José Francés y Sánchez Heredero, escritor, dramaturgo, novelista y crítico sobresaliente de arte, Secretario Perpetuo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, fue uno de los valores más significativos de la crítica de arte y uno de los más amenos comentaristas —y prologuista inaugural— de las principales exposiciones oficiales y salas expositivas particulares, labor copiosa —y laboriosa— que daría origen a su famosa obra *El año artístico*, cuyos diez volúmenes iniciados el año 1915, recogieron en minucioso y docto estudio todo el vivir del arte español de un largo tiempo, que culminaría con su labor divulgadora y estudiosa de la casi totalidad de la famosa y espléndida revista editada por «Prensa Gráfica», titulada *La Esfera*, una de las primeras revistas gráficas de su época.

Si tuviéramos, sin embargo, que clasificar la labor literaria producida por José Francés, no podríamos por menos de situarlo dentro del campo de la novela, del cuento y de la narrativa, alternando con su labor escénica como el drama *Judith*, con el que obtuvo en 1944 el «Premio Nacional de Literatura», o con su copiosa y fecunda labor de crítica de arte, cuyo conocimiento

le llevó a analizar en profundo análisis estético el arte español de todos los tiempos —escultura y pintura—, concretamente del arte universal, cuya asignatura conocía a fondo y que dio por resultado el que ocupara las más prestigiosas tribunas, donde su palabra fácil, fluida y amena, constituya una lección de devoto maestro. Bien pronto su pseudónimo de «Silvio Lago» fue bien conocido y estimado, y con el bagaje de su sapiencia sobre el tema, fue durante su larga vida profesional uno de los mejores y más prestigiosos críticos, el más sobresaliente de aquellos años en que el arte no había iniciado abiertamente ese revolucionario camino tendente a la deshumanización y a la valoración de lo geométrico y lo lineal del cubismo, del existencialismo y de las formas abstractas, tan lejos de la pintura de estudio o de caballete, del retrato y del paisaje, de la verdad por la verdad, que mantenían muchos de los artistas de la vieja escuela, cuya exaltación emocional de lo figurativo constituye el tema de sus grandes lienzos históricos, anecdóticos, de costumbres, paisajes y bodegones.

• Cuando José Francés nace en Madrid el año 1885, en la novela pervive todavía aquel naturalismo fin de siglo, de tonos brillantes, de acusada narrativa barroca, que era más que novela en sí, una forma literaria, más o menos lírica de exaltar el amor, las pasiones y los movimientos sociales de cierto costumbrismo. Pereda, Valera, Galdós, Palacio Valdés, Emilia Pardo Bazán, Alarcón y, sobre todo, «Clarín», serían al fin de cuentas el respaldo justificativo de una labor, la herencia de una generación, más bien de una época que resumía a través del pensamiento de unos cuantos escritores, el vivir y el sentir de un pueblo siempre dispuesto, no obstante, a alzarse en rebeldía para dar una nueva orientación, no ya imaginativa, sino social y hasta política.

Cuando la revista *Blanco y Negro*, en 1905, premia su cuento *Alma errante*, Francés es lo suficientemente joven para sentirse halagado por el éxito, y este reconocimiento por parte de una de las revistas más famosas y populares, no exenta de prestigio en aquellos y estos tiempos, le llevaría a encauzar de momento su labor literaria por el delicioso derrotero del cuento, entonces tan en boga, dando a conocer otro cuento, *Ley de amor*, que fue también premiado por *El Liberal*, obra ésta inicial que culminaría con más de cuatrocientos cuentos en su haber, a la que sumaría unas veinte novelas, entre las que destacan *La mujer de nadie*, *La raíz flotante*, *La danza del corazón*, *La débil fortaleza*, *Como los pájaros de bronce*, *La peregrina enamorada*, *El misterio del Kursaal*, *Alma viajera*, *Abrazo mortal*, *Sortilegio*, *El muerto*, *La estatua de carne* y *Dos cegueras*, que habrían de ser como las mejores credenciales de su labor como novelista.

Uno de sus estudiosos comentaristas y crítico que ha tenido su labor, el erudito escritor y cronista Federico Carlos Sainz de Robles, al enjuiciar esta labor narrativa de José Francés, al referirse al interés de los temas y a la inteligencia de su desarrollo, ha dicho muy acertadamente que sus cuentos son un modelo en su género. Intensos. Apasionados. Amenos. Escritos en una prosa personalísima, muy barroca y esmaltada de imágenes sorprendentes. Y al referirse concretamente a su obra novelística, a su cuidada labor en este género literario, tan excelentemente cultivado a lo largo de todo el primer tercio de este siglo, decía: «Sus novelas, inferiores a los cuentos, son, sin embargo, muy notables. Pertenecen a la escuela naturalista y contienen valores muy auténticos. Entre ellos, la maestría en el colorido de las descripciones y de los retratos.»

Esta labor de obras narrativas —e imaginativas en el desarrollo de los temas o asuntos tratados— llevó a José Francés a ocupar un puesto destacado entre los novelistas y escritores pluralistas de su tiempo, lo que motivó, tal vez sin proponérselo, su inclusión en aquella famosa generación de *El Cuento Semanal*, que absorbería la atención en la multitud de publicaciones en que la misma colaboraba, entre infinidad de lectores y no escasos admiradores.

Era lógico, pues, que esta dedicación crítica del arte, este vivir pendiente de la plástica en su torno, influyera de modo director en sus novelas, cuyos retratos de personajes, la descripción de los paisajes, el estudio de los caracteres —derivación del retrato— más parecían pinturas plasmadas en un lienzo que en las páginas de un libro, preciosismo —y colorismo— literario en suma, que venía a embellecer su prosa tendente a un naturalismo que había de trocar más tarde en un realismo conmovedor y muchas veces patético, cuando el drama nublaba aquel rayo de sol, del optimismo y de la esperanza, de cierta elegancia poética, como cañamazo en que supo bordar unas escenas plenas de lirismo y de pasión. Todo ello edulcorado con cierta dosis del amor que no excluya los dolores del corazón, y las ansiedades del alma conturbada por las tremendas conmociones de la vida.

Independiente de su labor escénica, publicada la mayor parte en su libro *Teatro de Amor* (cinco comedias, dos dramas, un sainete y «Guignol», teatro para leer), en la que se incluye *Más allá del honor*, drama en un acto que estrenó por primera vez el 20 de octubre de 1908, no podemos silenciar como labor tan estimada por él, sus libros sobre arte, *El arte de Anglada*, *El arte de José Clará*, *El arte de López Mezquita*, *El arte de Federico Beltrán*, *El arte de Eduardo Rosales*, *El arte de Gustavo de Maeztu*, *El pintor de la raza*,

Ignacio Zuloaga; Rusiñol y su obra, Joaquín Agrassot, su vida, su época, su arte; José Gutiérrez Solana y su obra, El mundo ríe (la caricatura universal en 1920), El humorismo y los Salones de Humoristas, La Caricatura y La fotografía artística.

Presidente un tiempo de «Los Salones de Humoristas», supo repartir en las anuales exposiciones de los caricaturistas —no en valde como se ve había publicado algunos libros sobre el tema—, repartir digo, un tanto de buen humor, de gracia española, a través de los dibujantes y humoristas más famosos, prendida en las redes sutiles del optimismo.

José Francés y Sánchez Heredero falleció en Madrid en el mes de noviembre del año 1964.

Miembro numerario del Instituto de Estudios Madrileños, preparó para su colección de *Temas* una breve guía del Museo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, publicada en 1954.

AUGUSTO MARTINEZ OLMEDILLA

(1880-1965)

Para Augusto Martínez Olmedilla, madrileño de nacimiento, Doctor en Derecho, la literatura significó para él algo más que una auténtica y sentida dedicación; fue la razón de su vida, de sus ilusiones y hasta de sus diarias aspiraciones. De todos los escritores de su generación y de su época, Martínez Olmedilla fue uno de los más fecundos y mejor dotados por su sensibilidad e inspiración para escribir cuentos, narraciones y novelas dentro de la más pura y si se quiere ingenua ortodoxia. Disfrutaba escribiendo y pergeñando la síntesis o argumento de sus novelas aparecidas con profusión en las principales y más divulgadas revistas de novelas cortas, hasta el extremo de dirigir una muy importante como fue *Los Contemporáneos*, en la que los escritores más famosos y leídos de la generación de *El Cuento Semanal*, se refugiaron, alternando, como el propio Martínez Olmedilla, en «La novela corta», «La novela semanal», «La novela de hoy», «La novela de bolsillo», «El libro popular», todas ellas punto de contacto, de unión entre escritores y lectores, de novelistas y sus devotos más significativos.

Martínez Olmedilla, fiel discípulo de Palacio Valdés, su gran amigo y continuador de la ruta emprendida por los que pudiéramos llamar clásicos de la generación de finales de siglo, Galdós, Valera, Pereda, Alarcón, Padre Coloma, la Condesa de Pardo Bazán, Jacinto Octavio Picón, fue ante todo y

sobre todo, un romántico a su estilo, por la pureza, por lo general, de sus narraciones, no exentas de interés en su desarrollo, de belleza y hasta de cierto puritanismo que más le acercaba a las novelas del más puro y limpio significado del amor que al erotismo en boga en aquellos años del primer tercio del siglo en el que abundaron tan excelentes y amenos escritores. Las casi cincuenta novelas, *Donde hubo fuego*, *El templo de Talía*, *Los hijos*, *La ley de Malthus*, *El plano inclinado*, *Siempre viva*, *Las circunstancias agravantes*, *Cuentos del hogar*, *Cómo caen las mujeres*, *En coche de plata*, *El mal menor*, *La rama de muérdago*, *Todo por él*, *Primer amor, primer desengaño*; *Las perversas*, *Resurgimiento*, *La poesía del recuerdo*, *Una mujer de su casa*, *El derecho a ser feliz*, *Pajarita de las nieves*, *El final de «Tosca»*, *Yo definiendo lo mío*, publicada en 1952, casi todas ellas enmarcadas dentro de un costumbrismo sano exento de decadentismo. Martínez Olmedilla supo compaginar esta labor literaria profesional y hasta aleccionadora, con un centenar de cuentos y cerca de cuarenta obras de teatro, muchas de ellas de franco éxito, como *Josefina se casa*, *La mano de Alicia*, *La culpa es de ellos*, *El pecado de soñar*, *La estatua de nieve*, *Una madre*, *Castillos en el aire*, *Amor de reina*, *El despertar de Fausto*, *Monte abajo*, *El oculto tormento*, *El fin de una vida*, *Los aliados*, *¡París!*, amén de cerca de cinco mil artículos que hubieron de darle fama, popularidad y prestigio en el bello campo de la literatura.

Fue Martínez Olmedilla, como un notario *ad honorem*, que testificó con su pluma el vivir de una sociedad española, que más languidecía que se encrepaba, en un vivir metódico, inalterable y lleno de los prejuicios de aquellos «años bobos», que iban formando el sentir de unas gentes más esclavas al pasado que a los avances en realidad destructivos del futuro, y la razón era en que Martínez Olmedilla estaba inmerso por sensibilidad educativa y por aclimatación al ambiente, de aquella sociedad que él sabía retratar con la admirable precisión de un conocedor a fondo del ambiente que reflejaba en sus libros, todo ello con aquel poder de observación, de conocimiento de un mundo circundante que había estudiado a través de la vida, haciendo excepción en aquellos en que la fantasía del autor se desbordaba en su tarea imaginativa, tal *Memorias de un afrancesado*, y sobre todo en *Cómo murió Napoleón*, *Cómo vivió la Emperatriz Eugenia* e incluso *Lady Halmiton* (la inspiradora de Nelson), en que el autor desarrolla, dentro de la línea biográfica, una serie de tesis, sin demasiada fidelidad histórica, que obligan al lector a seguir con interés sumo el argumento de la trama.

Todo ello justifica la labor costumbrista de Martínez Olmedilla, su poder de captación del medio ambiente, en el que más que una crítica de la socie-

dad de su tiempo, viene a dar constancia del estado social de gran parte de un pueblo que vive ajeno a otra cosa que no sea el dejarse llevar por las circunstancias, sin complicaciones que no sean las puramente humanas y derivadas, tanto del corazón como del espíritu.

Martínez Olmedilla, ha dicho uno de sus biógrafos al destacar sus merecimientos, es un novelista fuerte y amenísimo, un cuentista excepcional, un biógrafo minucioso, un dramaturgo de importancia por su raigambre netamente realista y española. A estos merecimientos hay que añadir su prosa tersa y ágil, su vocabulario rico y castizo, su maestría narrativa, su dibujo firme y su colorido brillante de ambientes y caracteres, el inexplicable secreto de su constante amenidad.

Biógrafo minucioso y de elegante juicio en las opiniones, acumuló en su larga lista bibliográfica, títulos que vienen a divulgar, con apuntes y detalles nuevos que enriquecen el anecdotario, las figuras estudiadas —y comentadas— por él, como *El maestro Barbieri y su tiempo*, *La cuarta esposa de Fernando VII*, *Santa Isabel de Castilla (Isabel la Católica)*, *La Emperatriz Carlota, de Méjico*; *José Echegaray*, *Don José de Salamanca* y *El Madrid de José Bonaparte* (1953).

Es imposible en un trabajo limitado como éste, la inclusión de toda la serie de títulos con que se enriquece la lista de sus obras originales, tanto de uno como de otro género, y si añadimos en su haber la larga serie de trabajos de colaboración en periódicos y revistas como *Blanco y Negro*, *La Esfera*, *Nuevo Mundo*, *El Globo*, *Heraldo de Madrid*, *El Liberal*, *El Imparcial* y *Madrid*, por no hacer la lista de colaboraciones demasiado detallada, tendremos la labor de uno de nuestros escritores contemporáneos que con más asiduidad han ofrecido al público lo mejor de su fina y acusada sensibilidad de publicista.

No es posible hablar de Martínez Olmedilla sin referirnos a su legítima inclusión en aquella famosa generación de *El Cuento Semanal*, aparecido el 18 de marzo de 1907, en cuyo primer número aparecería una novela, *Desencanto*, original de Jacinto Octavio Picón, publicando Martínez Olmedilla su primer trabajo de colaboración en dicha revista literaria en el n.º 94, de 16 de octubre de 1908, novela corta que titularía *Por donde viene la dicha...*, inicio de una labor, una profesionalidad de escritor amenísimo, que acabaría cuando a los ochenta y cinco años falleció en Madrid, siendo uno de los últimos de esta generación que desaparecería del mundo de los vivos, dejando no sólo el recuerdo gratísimo e inolvidable de su persona, si no de toda una

obra considerable integrada, por derecho propio, en el amplio e importante catálogo de la literatura española contemporánea.

En los últimos años de su vida se publicaron algunas obras importantes debidas a su pluma y que vinieron a engrosar el extenso catálogo de su variada producción literaria; tres comedias inéditas: *Carlota de México*, *Las brujas de Macbeth* y *La perla de Occidente*; *La muerte de Yorick* (colección de cuentos deliciosos) y *La enamorada del amor* (novela de cómicos). Tal vez lo más interesante que se ha escrito acerca de la vida entre bastidores, y sobre todo, dos obras fundamentales para un estudio matritense, *Periódicos de Madrid* (1956), anecdotario en el que se hace el historial que pudiéramos decir biográfico de *El Imparcial*, *El Liberal*, *La Epoca*, *Heraldo de Madrid* y *La Correspondencia de España*, en el que se incluye la historia también de casi todos los periódicos satíricos, otros Hebdomadarios, diversas revistas mensuales y casi todos los periódicos diarios de más de un siglo, y sobre todo su famoso e interesante libro de consulta y antecedente *Los teatros de Madrid* (historia de la Farándula madrileña), por el que el Ayuntamiento le otorgó el Premio de 1948.

Augusto Martínez Olmedilla, que había nacido en Madrid el 3 de mayo de 1880, murió en él, el 26 de septiembre de 1965.

Miembro numerario del Instituto de Estudios Madrileños, colaboró en sus actividades como autor, con *El Madrid de José Bonaparte*, y como conferenciante, alcanzando especial resonancia una disertación suya sobre «La implacable piqueta de Madrid» en que planteó el tema, hoy tan repetido, de la destrucción del patrimonio histórico-artístico de la capital.